



Christopher Clark,  
**The Sleepwalkers. How Europe  
Went to War in 1914,**  
Londres: Harper, 2014.

*Pablo Andrade A.*

Un médico preocupado por lo que parecerían ser síntomas de demencia pregunta a una anciana mujer: “¿Cuándo empezó la II Guerra Mundial?”. La mujer responde sin dudarle: “El 28 de junio de 1919”. El rostro del doctor se contrae en una mueca de pena mientras mira a los parientes presentes en el examen. La anciana añade “con el Tratado de Versalles. Si los Aliados hubiesen pactado una paz justa con Alemania, en lugar de tomar venganza, se habría evitado la ruina de Alemania y la locura del nazismo nunca habría ocurrido”. El médico sonríe aliviado porque la lúcida respuesta de la cana señora muestra no sólo que comprende perfectamente que está siendo examinada, sino también que sus funciones mentales se hallan plenamente conservadas, no la menos importante su sentido de la ironía.

La viñeta, que he tomado de la serie cómica de la televisión francesa *Doc Martin*, ilustra el consenso de sentido común forjado tanto por vencedores como por vencidos, en la segunda posguerra. Versalles y la historia oficial decían explícitamente que el Imperio Alemán había usado como pretexto los conflictos entre Serbia y Austria para agredir a Rusia y Francia y desatar el sangriento conflicto de la I Guerra Mundial. La enumeración simple de acontecimientos aparentemente apoyan ese saber vulgar: el ataque de Austria-Hungría a Serbia, seguido por la agresión de Rusia a Alemania, la invasión de Alemania a Francia, violando la neutralidad de Bélgica, y finalmente la entrada en el conflicto de Gran Bretaña, todos estos acontecimientos generalizaron el conflicto en los Balcanes al continente europeo —y atrajeron a la



guerra a India, Turquía, y posteriormente a Estados Unidos—. El verano de 1914 fue el fin de un complejo sistema de alianzas entre familias reales e imperios que culminó con la desaparición de cuatro de ellos: el alemán, el ruso, el austro-húngaro y el otomano.

Más allá del sentido común la explicación estándar de estos acontecimientos y su desarrollo en los estudios históricos ha sido que el sistema internacional europeo, al basarse en un precario equilibrio de poderes, no logró contener el expansionismo militar alemán. Parte importante del consenso explicativo es la descripción de los imperios desaparecidos como formaciones políticas decadentes. Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, en contraposición aparecen en la narrativa oficial como el modelo de los estados democráticos modernos que terminará imponiéndose en el mundo luego de la Segunda Guerra Mundial.

Cien años después, sin embargo, el debate histórico ha revisado tanto el sentido común como las explicaciones académicas establecidas. El primer paso hacia el revisionismo histórico fue dejar de lado la búsqueda de culpables exclusivos. Sobre todo luego del fin de la Guerra Fría, la reconstitución de Alemania

como un solo estado dentro de la triunfante Unión Europea estimuló el desarrollo revisionista. Sin embargo, como anota Clark, los historiadores revisionistas no dejaron de lado la pregunta: ¿Por qué se produjo la I Guerra Mundial? Así, el elemento central de la explicación dominante permaneció más o menos intacto a los avances del revisionismo, aunque se añadieron nuevos factores, en particular que el sistema internacional europeo, por basarse en gobiernos dominados por pequeñas élites autoritarias efectivamente carecía de las condiciones para generar y hacer trabajar instituciones que procesasen los conflictos internacionales, previniendo su escalada.

El trabajo de Clark cambia no sólo la explicación estándar sino también la forma de aproximarse a una comprensión de la I Guerra Mundial; el autor no se pregunta ¿por qué? sino ¿cómo las secuencias de interacción entre los actores centrales del conflicto (Serbia, Austro Hungría, Alemania, Francia, Gran Bretaña y Rusia) produjo un efecto que ninguno de ellos deseaba: una guerra que amenazó con la destrucción de todos? El autor no camina por el sendero de la búsqueda de causas estructurales (v.g. el imperialismo, el nacionalis-

mo, la carrera armamentista entre las potencias europeas, las alianzas, el papel de las “altas finanzas”, las ideas de honor nacional, los mecanismos de movilización). En el libro ciertamente estos factores se encuentran presentes, en especial en el impresionante recuento de las rivalidades europeas que se desarrollaron entre 1887 y 1907, y culminaron en el alineamiento familiar de la Triple Entente (Francia, Rusia y Gran Bretaña) confrontando a los Poderes Centrales (Alemania y Austro Hungría). El capítulo 3, y más generalmente la segunda parte del libro, guían al lector por los laberintos de la estructura del escenario donde el drama del verano de 1914 será representado. Al final de la sección llamada “Un continente dividido”, el lector está casi convencido de que la I Guerra Mundial era inevitable. En una Europa dividida, con Alemania convertida en el “gran demonio” para los poderes aliados, los actores que Clark nos ha presentado no son estados tal y como los vemos ahora, sino un conjunto de estrambóticos personajes que se dedican a la diplomacia como un arte similar al del ajedrez, jugando en un tablero enredado por la “cuestión de los Balcanes”. Sorprende, por lo tanto, que el capítulo final de esta parte del libro termine

con una pregunta: “¿Cuán abierto estuvo el futuro?”.

El sentido de esa pregunta se nos aclara al volver a la presentación del problema que hace Clark en la “Introducción”. El autor declara que su enfoque en el cómo está destinado a corregir “la ilusión de la lenta acumulación de presión causal [que en nuestra mente se presenta como] el apilamiento de factores que empujan hacia abajo los acontecimientos; los actores políticos se transforman en meros ejecutores de fuerzas hacía largo tiempo establecidas y que escapan a su control”. La estrategia que despejará la ilusión, afirma Clark, será la de contar una historia “saturada de agencia”. El argumento de Clark es simple: “Los compromisos entrelazados que produjeron el resultado catastrófico de 1914 no eran características de largo plazo del sistema europeo, sino la consecuencia de numerosos ajustes circunstanciales que en sí mismos evidenciaban cuán rápidamente las relaciones entre los poderes estaban evolucionando”. Así, elegantemente enunciada la contingencia, devuelve la agencia a personajes como Poincaré, Sir Edward Grey, el Primer Ministro serbio Nikola Pasic, el canciller alemán von Bethmann Hollweg, el Emperador Guillermo, el Zar Ni-

colás, y una larga corte de diplomáticos y conspiradores.

A partir de ese enfoque metodológico, y mediante la minuciosa exploración de abundantes fuentes documentales, la historia que construye Clark ofrece una versión shakesperiana de la I Guerra Mundial. En la tragedia clásica inglesa los hombres constantemente fabrican su destino a través de sus decisiones, pero estas son fruto de la confusión y la ilusión creadas por el deseo, las pasiones violentas, o la simple tontería. La ironía y el resultado torcido de las mejores intenciones informan cada paso de los personajes de Clark. Austria-Hungría no es un imperio en decadencia, sino una sociedad política compleja, exitosa en la convivencia multiétnica y en plena modernización. Los caminos que llevaban a Sarajevo no pasaban por la supuesta desintegración del imperio austro-húngaro, sino por la conformación en su periferia de un reino violento, el de Serbia. Esta es un país atrapado en el sueño de un pasado imaginado como glorioso que al mismo tiempo actúa como proyecto de futuro de conspiradores sanguinarios o de hábiles políticos enredados en sus propias maniobras. Francia no es esa República Luminosa cuya superioridad cultural es innegable,

sino una oligarquía en constante agitación, donde los gobernantes (incluidos algunos diplomáticos) pretenden presentarse a sí mismos como encarnaciones de la nación. Rusia y Alemania, tradicionalmente mostradas como epítomes del autoritarismo, son pintadas por Clark (un experto en la historia alemana, como lo atestigua otro de sus libros, *The Iron State*) como gobiernos divididos en los que los emperadores apenas si tienen poder para hacer desplantes ridículos, o revertir decisiones sensatas. Gran Bretaña no es el imperio orgulloso que domina al mundo, sino un poder dubitativo, temeroso no tanto de Alemania sino de la expansión rusa hacia Asia, Persia y los despojos del Imperio Otomano.

He hablado de estados, de personas colectivas llamadas “Gran Bretaña” o “Serbia”, pero en realidad el texto de Clark es mucho más coherente; los protagonistas de su tragedia no son los grandes colectivos sino los individuos que están a su cargo, los gobiernos y los cuerpos de funcionarios. Acá está otro de los aportes de Clark, el problema se pierde cuando caemos en la trampa del lenguaje de atribuir a los estados —que no son sino personas jurídicas ficticias— las acciones de personas humanas reales que

están autorizadas para dirigirlos. En el caso concreto esas personas, los gobernantes, son retratadas por Clark con una curiosa compasión que nos permite comprenderlos en sus prejuicios, percepciones dogmáticas, y habilidad para manipular a los ciudadanos a los que fingen servir. Cuando se ha producido esa comprensión, entonces los lectores están preparados para dos conclusiones cuya actualidad política nos impacta: primera, es muy frecuente el asumir que existe tal cosa como “la política” en el sentido de política pública cuando en realidad “la política exterior” es “una multiplicidad de iniciativas, escenarios y actitudes cuya tendencia general es a veces difícil de discernir”; segunda, que los actores políticos son actores racionales en un sentido fuerte, cuando “todos los actores en nuestra historia filtraron el mundo a través de narrativas que fueron construidas con piezas de experiencia pegadas entre sí por miedos, proyecciones e intereses disfrazados como principios”. El corolario del argumento de Clark es también impactante: “La crisis que produjo la guerra en 1914 fue el fruto de una cultura política compartida [entre todos los decisores que la llevaron a cabo]... genuinamente multipolar e interactiva”.

El enfoque de Clark, su metodología, la organización de sus materiales, su habilidad para meternos en la cabeza de personas muertas hace muchas décadas y hacernos comprender desde dentro esa actitud “sonámbula, alerta pero que no ve, hechizada por los sueños, y sin embargo ciega a la realidad del horror que estaba a punto de traer al mundo”, en fin, las conclusiones culturalistas del autor, todo esto es típico de la escuela histórica de Cambridge. Lo que no debería sorprendernos, toda vez que Christopher Clark es profesor de historia europea moderna en esa universidad. Pero ¿cuál es el lugar de este libro en la biblioteca de los especialistas en relaciones internacionales? Incluirlo simplemente porque después de todo trata de un asunto importante en las relaciones internacionales del siglo XX sería una actitud banal. La respuesta más adecuada me parece que va por el lado de la naturaleza de la discusión académica en relaciones internacionales; esta es un campo de estudio interdisciplinario en sí mismo, en él hay lugar para las polémicas históricas porque nos proveen materiales para hacer inteligible nuestras guerras o casi guerras contemporáneas. El estudio de Clark nos ayuda a despertar la crítica sobre la

fabricación de una China que imaginariamente estaría tomándose el mundo, de una Europa civilizada y racional que enfrenta al decadente (nuevo) imperio ruso, de un califato que emerge de los bajos instintos islámicos. El libro es una provocación para que los estudios internacionales salgan del sonambulismo del verano de 2014.

